

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO IX.

EL CID CAMPEADOR.

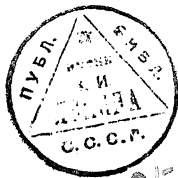
NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA Y LA QUINTANA.

Los que dicen mal del Cid
Ninguno con verdad habla.
Que el Cid fué buen caballero,
De los mejores de España.

ROMANCEBO.



02-31-1922

LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1868.

PROLOGO.

La novela histórica es la epopeya del siglo XIX, y creemos que seria la de todos los siglos si siempre hubiera gozado del grado de perfeccion á que ha llegado en nuestros días. Si en los tiempos de Homero, de Virgilio y del Tasso hubieran sido ya conocidas las novelas de Dumas, LA ODISEA, LA ENEIDA y la JERUSALEN LIBERTADA serian tres magníficas novelas en vez de ser tres magníficos poemas. Hé aquí porqué acudimos á la novela para cantar las glorias del Cid, de uno de los héroes mas grandes de que nos hablan la tradicion y la historia.

La novela ofrece un campo tan vasto al escritor, que así caben en él los acontecimientos mas vulgares, como los mas sublimes; las abstracciones del filósofo grave y profundo, como la ligereza del vulgo superficial. El Cid solo cabe en la novela y apénas se le ha visto en ella. Hásele colocado no pocas veces en el teatro, pero ha sido, digámoslo así, en pedazos, porque de otro modo no cabia en él. El Cid es demasiado grande para la escena: solo el cielo puede servirle de dosel, porque le ahogan las bambalinas del teatro.

Magnífico es el asunto que ha elegido nuestra pluma; mucho partido sacaríamos de él si nuestro talento no fuera tan mezquino. Para cada capítulo de la novela que vamos á escribir, tenemos un hecho histórico, de suyo tan grande, que basta por sí solo para escitar el interes del lector mas frio é indiferente. Vamos á recorrer la vida del Cid guiados por la tradicion ó por la historia, y si algo nos apartamos de esta, será para ir á recoger flores con que engalanarla. Hé aquí cómo pueden representarse trabajos semejantes al que vamos á emprender: la historia es un árbol que se eleva majestuoso, y la fábula es la enredadera florida que le rodea y viste de hojas y flores su áspero tronco, sin que por eso pierda el árbol su sabroso fruto.

Las hazañas del Cid habrán ido aumentando en magnitud, rodando de siglo en siglo, á manera que se aumenta la bola

de nieve segun rueda por la falda de la montaña; pero es preciso creer que desde luego fueron grandes cuando el pueblo las distinguió entre tantas y tantas como se ofrecian á su vista en la edad media, guerrera cual ninguna otra, y encargó á sus hijos que las legaran á la posteridad de generacion en generacion.

El Cid es el mas popular de los héroes castellanos, y no sin razon, porque en él están personificadas todas las virtudes del ciudadano y del soldado. Buen hijo, venga las injurias de su padre lidiando valerosamente con el conde de Gormaz; buen caballero y amador constante, entrega su mano y su corazon á la hija del mismo á quien á buena ley habia matado; buen monárquico, arrostra las iras de Alfonso haciéndole jurar que no pesa sobre él un crimen que mancharia el trono de Fernando el Grande; buen soldado y buen vasallo, conquista con su invencible espada reinos enemigos y reyes moros y pone á los piés de su rey que acaba de desterrarle injustamente el botin que ha ganado y las tierras de que se ha hecho dueño; buen patricio, amante de la gloria y la preponderancia de su patria, pasa á Roma, entra en la iglesia de San Pedro, ve en el lugar preferente la silla que representa á la Francia, y lleno de indignacion la hace pedazos y coloca en su lugar la que representa á España; y por último, buen cristiano, buen esposo y buen padre, al entrar en los combates, al embrazar su *fardida* lanza ó su esterminadora Tizona mezcla con el nombre de su Dios el de su Jimena y el de su Sol y su Elvira, y al dejar á estas bajo el amparo del buen abad de Cardena, *llora de los sus ojos...* él que en los combates mostraba bajo su armadura un corazon mas duro que la armadura misma.

Para ser el Cid grande y singular en todo, su vida tiene un epílogo que no tiene la de ningun otro héroe. El Cid Campeador paga á la muerte su tributo; su cadáver aterra á la morisma y la cruz se obstenta triunfante una vez mas sobre la media luna.

Dios preste á nuestro espíritu la luz que ha menester para penetrar en los oscuros tiempos á que vamos á trasladarnos.

EL CID CAMPEADOR.

CAPITULO I.

En el que se trata de unos amores que comenzaron casi por donde otros acaban.

Alegres fiestas se celebraban en la corte de Leon en la primavera de 1053. D. Fernando I, rey de Castilla y Leon, habia pasado á Nájera á ver á su hermano D. García, rey de Navarra, que se hallaba enfermo en aquella ciudad; mas, sabiendo que D. García le queria prender por ciertas cuestiones que mediaban entre ambos sobre la reparticion del reino de su padre, se puso en salvo con presteza. Habiendo pasado D. García á su vez á ver á su hermano, este le encerró en el castillo de Cea; pero como lograse huir de allí, llamó en su ayuda á los moros y entró por Castilla resuelto á tomar venganza, haciendo horribles estragos. Salióle D. Fernando al encuentro, trabóse la pelea en Atapuerca, no léjos de Burgos, y el ejército invasor fué completamente derrotado, muriendo el mismo D. García de una lanzada que le dió un soldado llamado Sancho Fortun que se habia pasado á D. Fernando.

Hé aquí, pues, el motivo de las fiestas á que nos referimos, fiestas que habian atraído á la corte crecido número de damas y caballeros, no solo de Castilla y Leon, sino tambien de todos los demas reinos en que á la sazón estaba dividida España. Habíanse jugado bohordos y cañas y sortijas á la usanza mora, y celebrádose un magnífico torneo en el que el mismo D. Fernando habia roto lanzas con los caballeros mas apuestos y gentiles de aquella época, tan fecunda en diestros justadores y valerosos guerreros.